

TODOS SOMOS IGUALES

Había una vez una niña que vivía en un pueblecito pequeño y escondido, pero precioso. Ella se llamaba Sara, era muy feliz pues vivía con su familia y eran muy queridos por el pueblo. Pero en el día menos esperado sus padres y sus hermanos tuvieron un accidente y murieron. Así que se quedó sola con su querida abuelita, a la que le quedaba poca vida pues estaba enferma en cama. Al principio cuidaba a su abuela hasta que un día murió. Al poco tiempo la llevaron a un colegio interno. De camino a allí lo veía y no le gustaba nada, era un edificio tenebroso, y veía como los niños y las niñas estaban separados. Estaba extrañada porque en el poco tiempo que estuvo en la escuela estaban los niños y las niñas juntos, así que no lo entendía. Cuando entró, todos los niños y las niñas (separados por una valla) se quedaron mirándola pues era de una belleza absoluta, con esas mejillas rojitas que expresaban su vergüenza, y su pelo pelirrojo que le resaltaba esos preciosos ojos azules. Llegó al despacho de la directora, allí le dijeron las normas, sobre todo, que NO ENTRARA EN LA PARTE DE LOS NIÑOS. La llevaron a su habitación donde estaban sus compañeras. En cuanto se fue el señor que la acompañó, llamado Pablo, sus compañeras enseguida le preguntaron de donde venía y qué le había pasado para entrar en este maldito colegio. Les contó todo lo que sufrió.

Enseguida se hicieron amigas, le contaron que la directora no quería que los niños y las niñas estuvieran juntos porque pensaba que ellos eran mejores, más inteligentes, mucho más fuertes pues a ella siempre se lo habían enseñado así. A Sara no le gustó mucho la idea, no creía que los niños fueran mejores, pues había vivido con sus hermanos y nunca le habían dicho que ellos fueran mejores. A sus amigas de lo contrario les parecía de lo más normal ya que siempre se lo habían dicho. Sara les contó como se hacían las cosas en su pueblo, a sus amigas fascinadas les encantó. Así que a Sara se le ocurrió una idea, una de ellas se vestiría de niño y entraría en la

parte de los niños. Una vez infiltrada sería el mejor niño y cuando le dieran la enhorabuena, con la directora delante, se quitaría el disfraz y diría que todos los niños y las niñas son iguales, para que acabara todo esto o al menos intentarlo. No les hizo mucha gracia la idea pero les convenció. No sabían a quien elegir pero una de ellas dijo que lo haría Sara ya que vivió con niños y sabía que hacían. Aceptó, las demás le eligieron la ropa, la maquillaron, le pusieron una peluca y unas gafas. Margarita (la más mañosa con la tecnología) le añadió a las gafas una cámara, un micrófono y un auricular que conectaba a su ordenador. Ellas le dejaron en la puerta y se fueron al ordenador. Le abrieron otra vez la puerta y de nuevo se quedaron todos mirándola. La llevaron con la directora y otra vez le dijo las normas, sobre todo, la de NO PASAR A LA PARTE DE LAS NIÑAS. Le dejaron en la habitación con sus compañeros. Se presentó como Lucas y ellos también se presentaron, uno se llamaba Marcos y el otro Pablo. Su plan iba de perlas, iba muy bien con los estudios y era muy popular entre los niños. Pasó el tiempo y al final del curso le felicitaron y llegó el momento. Se quitó la peluca y apareció su precioso pelo largo y sedoso. Empezó a decir que todos eramos iguales, que había logrado ser tan buena como los niños, que tenemos los mismos derechos y que tarde o temprano alguien diría lo mismo. Pero antes de que pudiera terminar la directora la cogió y la llevó a la habitación de las niñas. Ella contó todo a sus amigas y decía que creía que había funcionado. Así fue. Aquella noche la directora no podía dormir pues estaba pensando en todo lo que había dicho Sara, que había podido superar a todos los niños. A la mañana siguiente la directora mandó que quitaran las vallas que separaban a niños y niñas. Cuando terminó todo juntó a todos y les anunció que ahora los niños y las niñas estarían juntos e irían a las clases juntos. Sara como se hizo amiga de los niños pues se los presentó a sus amigas y todos se hicieron amigos. Así en ese colegio todos aprendieron que las niñas y los niños son iguales.

Marina Lobón Roldán.